

DIALOGO CON ALFONSO REYES

Por RAFAEL HELIODORO VALLE

Si la democracia no requiere régimen exclusivo de la inteligencia, es el único sistema que la consiente sin imponerle condiciones denigrantes. La democracia es más bien una concepción del mundo, fundada en la creencia de que todos los ejemplares de la especie humana poseen igual dignidad.

Alfonso Reyes reitera una de sus ideas políticas durante la conversación en que me regala su recién llegado libro "Aquellos días", que acaba de editarse en Santiago de Chile y en el que recoge muchas de sus crónicas de Madrid y París antes de 1920.

La mayoría de los intelectuales españoles son creadores de la República y son profundamente republicanos —me dice, mientras hacemos la inevitable alusión a la tragedia española.

Y añade, cuando hablamos de los escritores y artistas que han sufrido colapso en esa angustia:

—Todavía no se reconocen los accidentes del trabajo intelectual. También los escritores padecen enfermedades profesionales. Pero, ya se les hará justicia.

A su regreso de Buenos Aires, en donde ha enriquecido su alto prestigio de hombre de letras, de mexicano cardinal, de animador prodigioso, Reyes me permite que lo secunde en el comentario a hechos y hombres de nuestro tiempo, con ese donaire y esa limpieza cordial que son las calidades que le dan la categoría indiscutible de uno de nuestros clásicos ingenios.

—¿La poesía pura? ¿La función social del hombre de letras? ¿Hay filósofos en América? ¿Qué nuevas indagaciones sobre la jitanjáfora?

Tales preguntas puede hacerle en el diálogo; pero fuera mucho obligar su cortesía. Y mejor hablar sin programa, ir a campo traviesa, pedirle noticias más que opiniones, hablar de libros y editores.

—... precisamente, Luis Alberto Sánchez...

—Y viene Sánchez a México. ¿Lo sabía usted? Viene a dar unas conferencias en la Escuela de Verano de nuestra Universidad. Sí, el Congreso Internacional de la Enseñanza de la Literatura Iberoamericana cuenta con muy valiosas adhesiones. Supongo que usted colaborará con nosotros. Usted es nuestro Vicepresidente honorario.

—Asistiré, claro que sí. Porque también he sido catedrático de Literatura. Recientemente tuve cierta intervención para que venga Capdevila, que parece va a darnos unas conferencias sobre Leopoldo Lugones, a quien conoció y trató mucho. Capdevila es un hombre de gran ecuanimidad. Probablemente uno de los hombres más corteses entre los argentinos. Y lo admiró, lo quiso, respetándose ambos sus puntos de vista políticos. Capdevila es un gran criterio, un gran corazón.

—¿Y por qué se suicidó Lugones? Porque su muerte...

—Lo traté bastante. Se suicidó con cianuro. Dicen que el dolor y la pobreza hicieron presión en él. Se suicidó con cianuro...

—Pero no me explico todavía, a pesar de lo que usted me dice.

—Para mí también ha sido un gran desconcierto, porque Lugones daba muestras de gran vigor.

—Yo lo traté en Lima. Y ahora encuentro en "La Nación" de Buenos Aires un artículo en que se anuncia que su nombre lo llevará una sociedad de amigos.

—Era un hombre de gran vigor. No revelaba sus años. Tenía la agresividad de los hombres verdes. Todavía no había llegado a ese margen de tolerancia de los viejos; no. De manera que era un militante.

—Precisamente, en Lima le escuché el famoso discurso "Elogio de la espada".

—En su juventud habló de “la hora de la espada”, maldiciéndola. Y esa misma frase la escogió después para el elogio.

—He sabido que estaba muy apenado porque lo relegaron a una biblioteca pública.

—Era director de la Biblioteca del Consejo de Educación y la llevaba con gran amor. Hasta me llegó a enseñar algunas joyas bibliográficas que en ella custodiaba. Parecía contento. Se había alejado de todo lo que pudiera distraerlo de su vocación. Se veía tranquilo. Pero nunca demostraba lo que sufría. Y a estos hombres, precisamente, los envenena más el dolor. Es la psicología que establece William James.

—La tragedia de Lugones es la tragedia de los intelectuales que sobreviven a su obra.

—En el último número de “Sur”, Jorge Luis Borges ha hecho una apreciación muy justa. Dice, más o menos: “Al poeta vivo se le juzga por la última actitud del último artículo; pero ya que ha muerto, tenemos que apreciarlo en su saldo general”.

La conversación va, ondulada, airosa, desenvolviéndose gracias al gran conversador que es nuestro Alfonso. Y como a través de un aire de cristal se desliza el comentario gracioso, la idea pura —de irradiaciones magnéticas— dejando traslucir el resplandor de una de las inteligencias más encumbradas de nuestro tiempo. “El otro regiontano ilustre”, el profundamente mexicano, por lo mismo resplandor de América, me concede el encanto de su diálogo, un diálogo en el que, para que él se sienta instalado en “la región más transparente del aire”, he procurado con toda premeditación evadir un temario que obligaría a no prescindir de problemas esenciales que él ha dilucidado ya, en la mágica atmósfera de su estilo, sino a que tengamos una hora de convivencia en torno a gentes de América y de España; pero sin ceñirnos a un itinerario. Después de mostrarle novedades de la crítica sobre “Vísperas de España”, que estoy seguro no ha conocido, porque los caminos de la bibliografía son innumerables —y esto que es él, sin duda, el hombre de letras que en México está más enterado de todo lo que ocurre en América— me entrega ejemplares de lo más reciente que ha publicado: “Breve apunte sobre sueños de Descartes”, “Homilía por la cultura”, “Los autos sacramentales en España y América” y “Aquellos días”. Y hablamos de nuestros amigos españoles, el primero de

Artículos para Enfermos

Sillones para Inválidos

Fajas y Braçueros

Medias Elásticas

Etc. Etc.

Casa Mario Padilla

Motolinia 16. México, D. F.

ellos don Fernando de los Ríos, el segundo Américo Castro, y luego tantos, tan presentes en este mediodía lúgubre.

—Sí, don Fernando está preocupadísimo en Wáshington; pero, a pesar de todo, radiante de optimismo.

—Es un hombre de gran honradez mental. Mental, digo, y no me refiero a la otra porque ya se sabe que no tiene pero. Una mentalidad maravillosa, rica, universal.

—La carta de Castro para usted ha dado la vuelta al mundo —le digo— y es un testimonio del verdadero intelectual español en esta hora de espanto. José Pijoan hace poco habló de la “diáspora” española. Han salido también algunos materiales de trabajo para los estudiosos.

—En la Universidad de Wisconsin, donde Américo está profesando, quedó todo el material de Solalinde.

—Y parece que la Universidad de Madrid o no sé qué institución ha prestado a un botánico norteamericano, el Dr. Standley, una colección valiosísima, el herbario de nuestro Mociño.

—; No lo sabía!

—¿Y qué habrá pasado con todo lo que estaba listo para editar la “Historia” de Bernal Díaz? Recuerdo que Genaro Estrada me contó que estaba comprometido en esa labor, y hasta me enseñó algunos pliegos, y estaba procurando que la edición se activara. Parece que Américo Castro y Amado Alonso, y no sé quién más, habían sido llamados a colaborar. Pues querían hacer un estudio minucioso del vocabulario de Bernal Díaz y enriquecer la edición con la mejor geografía histórica. Genaro me hablaba con grande ilusión de ese trabajo. Todavía poco antes de morir —pues él no creía tan próxima su muerte— me dijo que se había logrado la colaboración pecuniaria de México, España y Guatemala.

—No conocía ese plan. Mi correspondencia con él se limitaba a hablar de notas históricas o sobre proyectos que le cometía. Por cierto que tengo que terminar el arreglo de una documentación que traje de Sud América.

—Ya me sospecho qué sea, a juzgar por alusiones que encuentro en “Monterrey”.

—Son documentos diplomáticos. Es la historia de las relaciones entre México y el Brasil. Hay un informe que, sobre México, redactó el primer diplomático brasileño en nuestro país. Todo lo encontré en aquella Biblioteca Nacional. Y pude completar mis noticias cuando fui a Itamaraty. Sólo me pidieron que clasificara los papeles en alguna forma y algo tenía hecho, cuando fui trasladado a Buenos Aires. Es muy interesante el informe del diplomático Ponte Ribeiro.

—Yo también he explorado papeles que se refieren a la Misión de Cañedo en Sud América.

Y precisamente en Chile recogí otros documentos sobre la reacción que allá produjo la invasión francesa en México. Sucede que en la bibliografía de Raz Guzmán, que publicó nuestra Secretaría de Relaciones, no se hace referencia a Chile. ¿Cómo es posible —me dijeron— que los mexicanos no sepan lo que aquí se hizo? Y me encontré que toda una Academia de Estudios Americanistas se dedicó a hacer la propaganda de la causa de Juárez y hasta reunió dinero y hombres. Obtuve copia de las actas de las sesiones que a esa cuestión se consagraron en aquella Cámara de Diputados.

—Creo que en Buenos Aires les gustará saber algo de la primera misión diplomática de México, porque tuvo un profundo contenido americano. El Instituto de Investigaciones Históricas, que dirige el Dr. Ravignani, se dará por bien servido cuando conozca esos documentos.

—Hasta ahora, aquel Instituto lo que más ha acaparado es todo lo que se relaciona con la Historia Argentina.

—Ravignani me escribió recientemente, desilusionado sobre los frutos del intercambio hispano americano.

—Ésa es nuestra eterna queja. Todos estamos de acuerdo; pero no hemos descubierto la manera de que ese intercambio sea efectivo.

—Muy de acuerdo, porque hay noticias que se transmiten los que gustan de estar enterados sobre lo que ocurre en los otros países; y luego resulta que lo más difícil es encontrar los libros cuando se les necesita.

—Mire usted: una vez, estando yo en el Brasil, publicó un gran libro sobre problemas bibliográficos americanos, el Dr. Pacheco, que era entonces director del “Jornal de Commercio”, que es el primer periódico del Brasil. Sucede que el Dr. Pacheco confesaba en el curso de su investigación que no había podido consultar la “Bibliografía de Medina”; y me decía yo: “He aquí un caso representativo del aislamiento en que vivimos en América: que en Brasil no se hayan podido tener unas notas de una obra chilena tan fundamental para la bibliografía americana.”

—La situación no puede ser más desastrosa, a pesar de que hay muy buena voluntad para remediarla.

—Y parece esto increíble. En los Estados Unidos se preocupan ahora por recopilar la mayor parte de los materiales impresos y a veces se encuentran mucho mejor armados que nosotros. Porque un profesor que allá es de tercer orden, tiene a la mano una biblioteca tan bien preparada, que pudiera decirse que ninguno de nuestros bibliógrafos de primera tiene entre nosotros otro instrumento comparable. Y esto exaspera...

—¿Será irremediable?

—Yo creo que no sería irremediable.

—Pero la tarea es terrible. Y mire usted que en México no andamos tan mal. ¿Pues cómo andarán en algunos países?

—Es que tenemos una especie de velocidad adquirida en esta materia, de cuidar una cierta tradición de estudios históricos.

—Y a propósito: está para salir el primer número de la "Revista de Historia de América" que patrocinada por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, va a dirigir Silvio Zavala.

—Mucho me había yo interesado en ésto, pues deseaba que en México se publicara una revista así.

—Y tenemos también, por cierto que parece que ha sido muy bien recibida, otra publicación que hace honor a México: el "Boletín Bibliográfico de Antropología Americana".

—No hay que olvidar que el Brasil cuenta con un Departamento de Antropología e Investigación. ¿Cómo se llama?... Instituto de Identificação, que pertenece al Departamento de Policía de aquel país y cuenta con muy buenos especialistas, uno de ellos Leonidio Ribeiro. Es muy conveniente que ustedes se pongan al habla. Yo asistí a las sesiones de un Congreso Americano de Identificación, convocado por ellos, y me di cuenta de la seriedad con que trabajan. Entre los que concurrieron, había un representante argentino y había un italiano. Del argentino se me escapa el nombre. ¿Cómo se llama? ¿Reyna Almandos? Me parece que ese es el nombre.

—Y dígame: ¿cómo anda por allá el problema de la propiedad literaria? Hay una verdadera anarquía.

—México tiene un tratado con Argentina.

—¿Desde cuándo?

—Me tocó participar en esos arreglos. Fue en 1927. Pero nada más con Argentina. Con Chile no lo hay. Chile en la edad de oro.

—He leído no sé en dónde un artículo de Ortega y Gasset o de Marañón, quejándose de los piratas editores.

—Es de Ortega y fue con motivo de ciertas ediciones, sobre todo de la del libro de Gide sobre los soviets, pues parece que al mismo tiempo que la Editorial Sur daba a la stampa el libro, apareció otra edición clandestina. Y Ortega tronó, contundente, desde París.

—Muchas de esas ediciones dejan mucho qué desear en cuanto a la presentación, si bien es cierto que el libro resulta barato.

—Pero ahora se ha notado en la Ercilla, por ejemplo, la buena mano de Luis Alberto Sánchez, que concurre con tantos conocimientos de libros y su visión panorámica.

—¿Usted trató a Sánchez en Buenos Aires?

—Hemos estado dos veces juntos: primero, cuando el Congreso de los Pen Clubs, y luego dió unas cuantas conferencias. Es simpatiquísimo.

—¿Y las actas de ese Congreso?

—Allí tiene usted un nombre más que le doy: el de Antonio Aita, Secretario del Centro de Cooperación Intelectual, en Buenos Aires, y que es un hombre solícito para que se reciban en el extranjero todos los documentos de la Historia Argentina. Es un hombre maravilloso para nuestras relaciones literarias. En Argentina están haciendo una brillante campaña bibliográfica. Aquella Secretaría de Relaciones ha establecido un departamento, que es como nuestro D.A.P.P.: se llama Departamento Oficial de Difusión y Propaganda de la Cultura Argentina, o algo así.

—También nos sirve mucho el Anuario Bibliográfico Argentino.

—Hay también el "Boletín" del Instituto Iberoamericano, que dirige Jiménez Pastor, y en el cual Pedro Henríquez Ureña acaba de publicar una bibliografía selectiva de Ruiz de Alarcón.

—Quizá ha querido anticipar su homenaje en el centenario, que será pronto.

—Ruiz de Alarcón murió el 4 de agosto de 1639.

—¿Y Amado Alonso?

—Alonso es director del Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en donde también trabaja Pedro. Cuentan con muy buena organización. Uno se queda sorprendido del número de instituciones de carácter cultural que hay en Argentina. Todavía, en los momentos de salir de Buenos Aires, descubrí el Círculo de Historia, del Instituto Nacional del Profesorado de Secundaria, que hace dos años publicó "Nuevos textos literarios del Antiguo Egipto". (Los textos dramáticos) por A. Rosenvasser. También están presentando ciertos libros traducidos al español bajo la dirección de Ricardo Levene. Mire usted los dos primeros volúmenes que han publicado: "Historia de la civilización brasileña" por Pedro Calmón y "Evolución del pueblo brasileño" por Oliveira Vianna, con que se inicia la Biblioteca de Autores Brasileños. Esto es publicado por la Comisión Revisora de Textos de Geografía Americana. Usted sabe que sobre esto hay un tratado argentino-brasileño suscrito a fines de 33, cuando se firmó el pacto antibélico Saavedra Lamas, y entonces surgió el convenio para revisar, dentro de la cordialidad intelectual, los textos de historia. Ese tratado sirvió para uno entre México y el Brasil; y otro de extradición, que se acaba de ratificar aquí; y un tratado panamericano general existe sobre esta materia, como resultado de la conferencia de Montevideo en aquel año.

—Con frecuencia nos piden datos sobre la arqueología, la medicina precortesiana...

—Siempre reciben con agrado, en Sud América, todas las publicaciones de carácter cultural. Ese viaje que acaba de hacer Manuel Toussaint, cuando el Segundo Congreso Internacional de Historia de América, fue más que provechoso.

—Toussaint ya nos lo ha dicho todo. Viene fascinado, sobre todo de la preparación que hay en Argentina, de la documentación de que disponen. Y luego lo que vió en Bolivia, en Perú, en donde para un ojo nuevo, hay tanto qué ver. Nos habla de que va a formarse una filial del Instituto de Arte Americano.

—Tengo entendido que ya está hecho lo que a México le tocaba hacer: el Instituto de Investigaciones Estéticas.

La charla sigue haciendo alusiones de nombres que nos interesan mucho: José Torre Revello, el gran investigador de historia de América; Martín Noel, autoridad en arquitectura; la revista "Sur" de Victoria Ocampo; y, naturalmente, el gran diario "La Prensa".

—Ah! Nos hace falta en México una revista como "Sur", que podría llamarse "Norte", por doble motivo, y el llamado, naturalmente, a dirigirla sería usted.

—Pero...

—Porque "Revista de Occidente"...

—Ortega está bastante enfermo. Las taras del trabajo...

—Las taras del trabajo, tiene usted razón.

—Los accidentes del trabajo que todavía no se reconocen. Del trabajo intelectual, porque el otro...

—Enfermedades profesionales, como las otras, acaso más que las otras.

—Dice usted bien, más que accidentes, enfermedades profesionales.

—Me escriben que Fernández Moreno... Que Manuel Falla...

—Fernández Moreno ha tenido una serie de sufrimientos, que se reflejan en su poesía.

Vibran otros nombres en la conversación: los poetas de aquel grupo que se llamó "Martín Fierro"; Azuela y Martín Luis Guzmán, novelistas mexicanos muy leídos en el Sur; la Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense, que trabaja en Argentina y Uruguay y está muy deseosa de tener novelas mexicanas; y un poeta uruguayo, Conrado Nale Roxló; y tanto otros nombres, de Venezuela —en donde lo mejor es la novela— y de Guatemala, en donde tienen a Miguel Angel Asturias, Carlos Samayoa Aguilar, Flavio Herrera—el de "Poniente de sirenas"—, y dos valores ya sobresalientes, Francisco Méndez y Antonio Morales Nadler, que acaban de publicar "Romances de tierra verde".

Y vuelven los nombres españoles: Juan Ramón Jiménez, el gran Menéndez Pidal, Federico de Onís, Dámaso Alonso.

—La mayoría de los intelectuales españoles son republicanos, son creadores de la República—comenta Alfonso—. Gran parte de ellos son casi hermanos con quienes trabajé cinco años en Madrid. Azaña, un buen amigo mío. Yo le publiqué su primer libro con Moreno Villa y Díez Canedo, en una colección que fundamos y que se llamaba "Cuadernos Literarios". Allí empezó Azaña a recoger lo que ya tenía, lo que había escrito con esa su gran pluma que está en la gran tradición del castellano.

—¿Y cómo siguen sus trabajos gongorinos?

—Ya no era posible. No contaba yo con los elementos necesarios, desde que salí de España. Me faltan las bibliotecas, los archivos. Sigue mi afición, me gusta enterarme de lo que se hace; pero ya

no puedo investigar. Y además, lo poco que yo había hecho, quedó ya superado por Dámaso Alonso, que es el que lleva hoy la voz cantante en las investigaciones sobre Góngora.

—Pero para el centenario de Alarcón...

—Ojalá que tuviera algo nuevo qué decir.

—Y ya se aproxima el otro centenario, el de la imprenta en México. Hablan de fundar un museo de las artes gráficas, un instituto de bibliografía, pero...

—En estos momentos hay aquí una gran efervescencia para todas las cosas que, "grosso modo", podemos llamar humanidades, la ciencia cultural que dice Rickert. Lo malo es que hay una atomización. Había que ver la manera de centralizar todo eso. Ya ve usted: unos llevan sus libros con un editor aficionado, otros van a una institución de beneficencia para que hagan el favor de publicar y otros hacen su edición por medio de la revista que les ha publicado fragmentos. Esa atomización, que advierto y que me duele, redundará en mal de todos.

—Falta coordinación, sí. Habiendo tantos elementos buenos.

—Estupendos elementos: novelistas, investigadores, de todo. Hay una verdadera riqueza de materiales.

—Pero falta lo principal, la base económica.

—Sin la cual todo se pierde y se vuelve obra de aficionados. Y aficionados somos todos, y muchos, muy buenos. He oído decir siempre esto: "En México tienen aficionados de primera; pero lo que les falta es el lenguaje técnico". Y ese lenguaje no es otra cosa que el material bien organizado para trabajar con ciertos métodos que tienen los trabajos internacionalmente aceptados. Y es que aquí todos somos autoridades. Es que México es un país en que siempre los individuos valen más que las instituciones. Necesitamos tener la coherencia argentina, en donde a veces ya las instituciones valen más que los individuos.

Así ha hablado Alfonso Reyes, uno de los humanistas de que se enorgullece América, el hombre de letras por excelencia, el mexicano que en esta categoría es el que tiene más gloria y renombre y cuyo magisterio nos reivindica el honor y el orgullo y la seguridad de haber sido dignos de continuar la obra que España hizo en estas tierras donde todavía no se apaga su sol.

ACORTANDO 1ª DISTANCIA

UN MES

UN DIA

UNA HORA

UN MINUTO

Telefonos Ericsson